

Introducción

Como los buenos amigos, hay textos que pueden acompañarnos, e incluso fascinarnos, durante decenios, sin que en realidad los comprendamos. Es lo que me ocurrió con los siguientes versos:

*De mi pared cuelga un adorno de madera japonés,
la máscara de un demonio malo, pintada con barniz dorado,
con empatía miro las venas hinchadas de su frente,
que insinúan lo fatigoso que es ser malo.*

Son de Bertolt Brecht y están agrupados bajo el título: «La máscara del mal». Yo descubrí el breve poema cuando tenía 17 años y, como muchos adolescentes, aborrecía el mundo y anhelaba vivir en uno mejor. Por supuesto que capté el sentido evidente; cuántos esfuerzos cuesta reñir era algo que yo mismo sentía hasta la saciedad. ¡qué despilfarro de energía puede ser la ira! Y peor aun que la desagradable sensación en sí es el hecho de que nos aleja de otros. La ira es una cárcel. Cada uno de sus blancos es una persona menos con la que podemos hacer causa común.

Aunque la palabra «malo» no designa sólo un sentimiento, sino también un juicio moral. Es casi seguro que Brecht tenía en mente este significado cuando escribió el poema. «La máscara del mal» fue escrito en septiembre de 1942, cuando el expansionismo nazi alcanzó su punto culminante y los ejércitos de Hitler

sembraban el terror desde el Cabo Norte de Noruega hasta el norte de África, y desde Crimea hasta el Atlántico. Sin embargo, esta lectura me indignaba profundamente en tanto que lector joven. ¿Sería posible que unos hombres que explotan, hieren e incluso matan a otros, sacando provecho de sus acciones criminales, padezcan ellos mismos por lo que hacen? ¿Merecen al final individuos como Himmler o Hitler nuestra conmiseración?

Mucho más tarde comprendí que esta idea también puede invertirse. Si nos mantenemos al margen de toda maldad y nos mostramos equitativos y generosos, posiblemente lo hagamos no sólo por temor al castigo y porque la educación nos lo ha inculcado. Tener con los demás un trato humanitario nos podría ser más bien de utilidad, porque aumenta nuestro propio bienestar. La antiquísima pregunta de si debemos preocuparnos del prójimo o más bien de nuestra propia felicidad, hallaría entonces por sí misma su respuesta: de ambas cosas, porque una no existe sin la otra.

A partir de esta reflexión surgió el presente libro, que pretende refutar todas las exhortaciones a la honestidad y al decoro, así como también las centenarias enseñanzas de la filosofía, según las cuales debemos combatir nuestra dulce proclividad al egoísmo porque el amargo imperativo moral así lo exige. Si el bienestar propio y el ajeno se hallan tan estrechamente imbricados, esto explicaría al mismo tiempo por qué tantos hombres van en pos de su felicidad personal y, sin embargo, no la encuentran; tal vez estos buscadores de felicidad se han propuesto alcanzar metas erróneas.

El filósofo Aristóteles suponía hace ya más de 2.500 años que una vida feliz tiene en cuenta el bienestar de otros. Pero el pensador griego no podía probar su especulación. Por eso tampoco se impuso la idea de que actuar moralmente sólo podía hacerse

pagando el precio de la renuncia. Hoy, las investigaciones empíricas dan la razón a Aristóteles: los hombres que prestan ayuda a otros viven por regla general más sanos y contentos y a menudo tienen más éxito que sus contemporáneos que sólo piensan en su propio bienestar. «De una cosa estoy seguro,» confesó Albert Schweitzer en cierta ocasión, «verdaderamente felices son sólo quienes han descubierto cómo pueden ser útiles a los demás». ¹ En este sentido, el presente libro prolonga una obra anterior mía: *La fórmula de la felicidad*.*

¿Progresan realmente los altruistas mejor en la vida? Contra esto se rebela el sentido común: quien da algo, después tiene menos. En cambio, quien pone su tiempo, sus esfuerzos e incluso su dinero al servicio de sus propias metas, a primera vista lleva ventaja. Ya una mirada a la naturaleza parece aconsejar que se conserven los propios bienes, pues tanto hombres como animales luchan por recursos escasos; quien tiene, se impone, quien no tiene, sucumbe.

En este libro quiero demostrar que el sentido común se equivoca y explicar por qué yerra. Nuestra vida en comunidad se desarrolla bajo normas mucho más complicadas que las de la jungla. Las páginas que siguen elucidarán algunas de las leyes que en nuestra vida deciden, de hecho, sobre el éxito o el fracaso. Una idea central es que los egoístas sacan mejor partido sólo a corto plazo; pero que, a la larga, progresan más la mayoría de los hombres que se preocupan también por el bienestar de los demás. Pero como «la mayoría de», por supuesto, no significa «siempre», estudiaremos también cuándo funciona mejor una u otra de las estrategias.

Si quien se preocupa por su prójimo tiene más éxito, la evolución impulsaría este comportamiento, pero aún queda por

* Ediciones Urano, Barcelona, 2004 (traducción de Juan del Solar)

elucidar una hipótesis fascinante: ¿preocuparnos por los demás es algo innato en nosotros? ¿hay genes del altruismo?

No habla en contra de esto el hecho de que el mundo rebose de egoístas. Pues seguro que los hombres no *solamente* están programados para ser altruistas. Posiblemente nuestra predisposición a pensar primero en el propio beneficio sea más fuerte. Por eso dan tan escasos frutos las exhortaciones a ser una persona mejor. Sin embargo, lo interesante no es preguntarse si un determinado porcentaje de egoísmo forma parte de la naturaleza humana; mucho más importante es preguntarse si además tenemos otros móviles no tan conocidos.

Los hombres son tan contradictorios en sus motivaciones como no lo es ninguna otra criatura. Y es que también somos inusualmente libres de actuar contra nuestros instintos. El ancho de banda dentro del cual podemos poner en acción nuestros talentos es enorme. La evolución ha diseñado a los hombres para ser corredores, por lo que toda persona sana puede ganar un maratón después del correspondiente entrenamiento. Hay quienes recorren en coche incluso tramos pequeños, de suerte que sus piernas acaban perdiendo masa muscular. Del mismo modo podemos descuidar nuestra proclividad al altruismo, o bien cultivarla.

De todas formas, la naturaleza ha inventado un medio muy sutil para inducirnos a hacer lo que desea que hagamos. Nos seduce con sentimientos gratos. El sexo es excitante y agradable, pues sirve para la reproducción; más efectivas de lo que muchos quisieran son las sensaciones placenteras de la gastronomía, que nos hacen acumular capas de grasa para las épocas difíciles. De manera muy parecida nos recompensa la naturaleza por la equidad y la disponibilidad a ayudar. El desprendimiento es agradable al tacto. Y, de hecho, las investigaciones neurológicas demuestran que el altruismo activa en el cerebro los mismos

mecanismos que el hecho de disfrutar de una tableta de buen chocolate o también del sexo.

«¡Qué triste es ser egoísta!», nos gustaría comprobar, apoyándonos con empatía en Brecht, «¡y qué peligroso!» No tanto para el prójimo, pues al menos las sociedades desarrolladas mantienen a raya el egoísmo demasiado salvaje mediante leyes y tribunales. Pero, ¿quién protegerá de sí mismos a los egoístas? Las depresiones graves se incrementan en Alemania y en la mayoría de los países a un ritmo escalofriante. El riesgo de que los jóvenes acaben siendo víctimas de una melancolía enfermiza se ha más que triplicado en sólo un decenio. Y la Organización Mundial de la Salud ha pronosticado que en los próximos diez años las depresiones serán la dolencia más devastadora entre las mujeres, y sólo las enfermedades cardiovasculares causarán más daños a los hombres. Muchos especialistas explican estas cifras aterradoras llamando la atención sobre el hecho de que se han disuelto los vínculos con la familia, los amigos y los colegas, y que en la sociedad actual lo que cuenta sobre todo es el individuo. Ahora bien, es seguro que preocuparse por los demás puede prevenir la tristeza enfermiza.²

¿Qué nos impide realmente, pensando en nuestro propio bienestar, preocuparnos más por el prójimo? Quien lo intente comprobará cuán profundamente desconfiamos de nuestro propio deseo de ser generosos. Ciertamente es que a menudo sentimos un impulso que nos induce a hacer algo por los demás, pero luego lo reprimimos. Pues practicar el altruismo es casi siempre más arriesgado que actuar únicamente en nuestro interés.

Por un lado está el miedo a quedar en ridículo. El desprendimiento goza de una extraña reputación en nuestra sociedad: en público todos alaban a la gente altruista, pero detrás acecha el cinismo. Se admira a quien da la impresión de ser frío y capaz

de imponerse. La empatía, en cambio, se considera un síntoma de debilidad. Se duda del buen juicio de quienes posponen a veces sus intereses. Con excesiva frecuencia se habla de la «buena persona» ingenua. Y eso que precisamente los que más se burlan son, en el fondo de su corazón, los que anhelan el bien. El sarcasmo es, al fin y al cabo, la mejor protección contra los desengaños.

Así pues, somos irremediabilmente ambivalentes en lo que respecta al altruismo. Queremos creer en él, pero no podemos, y si pudiéramos, no lo admitiríamos. Pero nadie parece haber pensado que la disponibilidad a la entrega podría significar la fuerza de un ser humano.

Más intenso que el miedo a la burla es el temor a ser explotados, que nos tortura con toda razón, pues mientras los hombres aspiren a su provecho personal, unos cuantos querrán aprovecharse de la buena voluntad de los demás. Esta ha sido la tragedia de toda revolución fomentada por idealistas.

El presente libro trata, pues, del dar y del tomar, de la confianza y la traición, de la empatía y la falta de consideración, del amor y del odio. Pero la pregunta no será si los hombres *son* buenos o malos. Sobre esto han reflexionado suficientemente algunos de los más grandes filósofos. Lo que se ha escrito al respecto recuerda a veces una discusión sobre si el cine es divertido o inquietante: por supuesto que dependerá de la película que echen. Tampoco se trata de saber cómo *debemos* comportarnos. Pautas convincentes de una filosofía moral hay más que suficientes. La pregunta es, en todo caso, por qué las seguimos tan raras veces.

Más bien intento esclarecer en qué circunstancias los hombres son equitativos y generosos, y cuándo son egoístas e inescrupulosos. Aquí cabe distinguir dos cuestiones. Primera, ¿cómo es posible el desinterés en general? Segunda, ¿qué mueve

a los hombres a hacer algo por los demás, y, ¿por qué algunos están mucho más dispuestos a ayudar que otros?

En la primera parte de este libro ocupa el primer plano la forma más abarcable de convivencia, que no es en modo alguno la más simple: yo y tú. Se estudia la proclividad a compartir, pero también a engañar. Pues si bien la cooperación vale la pena, vale aún más la pena timar al otro, al menos a corto plazo. Aunque si a la larga le va en general mejor a quien es generoso, atribuye a los demás buenas intenciones y los perdona, ¿cómo decidiremos cuándo debemos confiar y cuándo es mejor retirarnos? En esto a menudo se le exige demasiado a la razón, en cuyo auxilio acude un sistema cerebral empático que funciona de manera muy distinta del pensamiento estratégico habitual. Como si se diluyese la frontera habitual entre tú y yo, ambos cerebros se mueven entonces al mismo ritmo. Y otros mecanismos similares se encargan de que surjan la confianza y la comprensión mutua.

El sistema cerebral empático tiene muchísimas facetas: a diferencia de lo que suele afirmarse, la compasión sola no nos vuelve generosos ni nos predispone a ayudar. Prestar ayuda a los demás presupone que podemos sentir y comprender a fondo lo que mueve al otro. Hace poco, los investigadores del cerebro han explicado incluso de qué manera la amistad y el amor surgen en nuestras cabezas.

El tema de la segunda parte es la comunidad. Empieza con un viaje por el tiempo al pasado remoto: ¿cómo aprendieron nuestros ancestros a compartir cosas unos con otros? Este sigue siendo uno de los mayores enigmas de la teoría de la evolución. Con harta frecuencia se ha denigrado al hombre diciendo que es la más cruel de todas las criaturas, pero también es un hecho que somos de una generosidad única en su género. Según el estado actual de las investigaciones, ningún animal da algo a otro

voluntariamente; en todo caso, son las propias crías las que reciben comida. En cambio, los hombres se preocupan de su alimentación comunitariamente en todo el mundo, y ya las niñas y los niños pequeños hacen regalos espontáneos. Muchas cosas hablan en favor de la tesis de que nuestros ancestros tuvieron que ser primero los monos más amables antes de tener la oportunidad de ser los monos más inteligentes. Debemos nuestra inteligencia a nuestra disponibilidad a dar.

Pero no damos sin orden ni concierto. La justicia se cuenta entre nuestras necesidades más perentorias, y es necesaria para la vida. Una comunidad que no imponga a sus miembros un trato equitativo, a la corta o a la larga acabará pereciendo. Sólo la justicia hace posible el altruismo, aunque nuestra apetencia de ella nos depare venganza y envidia. Y éstas ni siquiera son los lados más oscuros del altruismo. Cada grupo se mantendrá tanto mejor unido cuanto más esté en competencia con otras comunidades. Por eso el odio a los «otros» y el distanciarse de ellos son los hermanos lúgubres del altruismo. Así pues, los hombres deben sus tendencias a preocuparse por los demás no sólo a sus rasgos más nobles, sino también a los más feos. Y la investigación moderna verifica de este modo un contexto al que han hecho referencia mitos de todas las épocas, empezando por Lucifer, el ángel caído, hasta Darth Vader, una figura luminosa que en la epopeya hollywoodense «La guerra de las galaxias» se transforma en un tenebroso tirano.

¿Podemos vivir los aspectos buenos del altruismo sin los malos? De ello depende, no en última instancia, el futuro de la humanidad. Mientras las empresas, los pueblos y las naciones persigan sus propios intereses a costa del bienestar de todos, apenas será posible proteger los fundamentos de la vida en nuestro planeta.

La historia de la humanidad comenzó con una revolución

altruista cuando nuestros ancestros empezaron a preocuparse por su prójimo. Sólo conjuntamente tenían la oportunidad de vivir en un mundo en el que los alimentos escaseaban porque el clima cambiaba. Hoy estamos ante una situación parecida: el desafío consiste en aprender a trabajar conjuntamente en proporciones mucho mayores. Ha llegado la hora de una segunda revolución altruista.

Tenemos motivos de sobra para ser optimistas. Gracias a Internet y a las redes sociales, a las facilidades para viajar continuamente y al comercio mundial, se aproximan remotas regiones del mundo y hay culturas que crecen juntas a un ritmo trepidante. En este libro quisiera demostrar cómo la existencia de todas esas redes modifica los impulsos de nuestro comportamiento. Cada vez nos cuesta menos ser altruistas, mientras que el egoísmo se vuelve siempre más arriesgado.

El futuro pertenece a los altruistas. Nacemos con los factores genéticos necesarios para afirmarnos en el altruismo. Sin embargo, mientras que la aspiración justificada al beneficio propio nos resulta familiar, aún nos parecen extraños los impulsos que nos hacen descubrir la felicidad propia en la de otros. Este libro es una invitación a explorar el lado amable de nuestro ser.

PRIMERA PARTE
YO Y TÚ

La inexplicada amabilidad del mundo

Un periódico de Manchester publicó un comentario bastante bueno sobre mí. Decía que he demostrado que «el poder tiene razón» y que por eso Napoleón tiene razón y que cualquier comerciante fraudulento también tiene razón.

CHARLES DARWIN¹

Wesley Autrey estaba esperando el metro con sus dos pequeñas hijas cuando de pronto un joven, junto a él, empezó a temblar, tuvo espasmos, cayó al suelo de espaldas y comenzó a agitar los brazos y las piernas estirados hacia arriba como un escarabajo. Un buen centenar de personas se agolpaban en el andén, pero la mayoría desvió la mirada. Sólo dos mujeres acudieron en ayuda del joven. Pero Autrey fue más rápido. Con gran presencia de ánimo pidió un bolígrafo que introdujo entre los dientes del desconocido para que no se mordiera la lengua durante el ataque de epilepsia. Cuando poco después le pasaron los espasmos, el joven blanco se puso en pie, y Autrey creyó que podría proseguir su viaje en el metro de Nueva York.

Un temblor y la luz de unos faros anunciaron la llegada del convoy. En ese momento el epiléptico volvió a tambalearse.

Avanzó a trompicones hasta el borde del andén, tropezó y cayó a las vías. Autrey pidió a una de las mujeres que habían ofrecido su ayuda que vigilara a sus hijas y saltó a las vías. El convoy ya estaba entrando, a Autrey no le quedó ni una fracción de segundo para pensar. Aferró al caído y trató de levantarlo hasta el andén. Pero el muchacho pesaba demasiado. Entonces Autrey lo arrastró entre los rieles y se echó sobre él. El epiléptico pataleó, Autrey lo empujó hacia abajo con todas sus fuerzas. Cuando su frente se topó con algo frío, Autrey apretó la cabeza contra el hombro del otro. Entre su coronilla y el tren quedaron exactamente dos dedos de separación.

Cinco vagones pasaron rodando por encima de él. Luego se detuvo el convoy y Autrey escuchó los gritos de sus hijas. Cuando más tarde un equipo de salvamento liberó a los dos hombres de entre las ruedas, de la gorra de Autrey goteaba aceite de máquinas. Los enfermeros no comprobaron sino unas cuantas contusiones en el epiléptico. Autrey rehusó la ayuda médica. De todas formas, él mismo no creía haber hecho nada especial, aunque sabía perfectamente que acababa de arriesgar su vida. «Yo sólo vi que una persona necesitaba ayuda, e hice lo que había que hacer.»²

Quien se imagine a Autrey como un defensor probo y taciturno de la justicia y la equidad, como un héroe de películas del Oeste al estilo de Gary Cooper, se equivoca. Y tampoco encaja en absoluto en el clisé del hombre de sangre fría que con cara de mártir se sacrifica ostensiblemente por los demás. Wesley Autrey es un hombre de complexión atlética, y quien se lo encuentre en su barrio de Harlem vestido con ropa deportiva y una gorra de béisbol puesta al revés, podría tomarlo por un cantante de *rap*. Sólo unas cuantas canas en su barba delatan sus 51 años.

Su valerosa acción en la estación del metro de la calle 137 de

Manhattan aquel 2 de enero de 2007 lo convirtió en un héroe que recibió elogios en todo el país. Fue invitado a programas de entrevistas y a la Casa Blanca, y Autrey hablaba con tanta vivacidad y elocuencia y tan seguro de sí mismo como si desde siempre hubiera estado acostumbrado a presentarse ante grandes públicos. Pero en realidad se ganaba la vida trabajando como obrero de la construcción y tiempo atrás se había desempeñado durante tres años como empleado de correos de tercera clase en la Marina de EE.UU.³ Y si alguien se comportaba torpemente en sus entrevistas eran personalidades como el presentador David Letterman, que en su programa intentó disimular, con chistes malos, que no estaba a la altura de la elocuencia de su invitado y dijo: Autrey es un tipo «enrollado».

Los medios y los políticos lo enaltecieron como un ejemplo. Y cuando Autrey entraba en la estación del metro de la calle 137, los transeúntes intentaban una y otra vez tocarlo, como queriendo convencerse de que efectivamente se trataba de un hombre de carne y hueso.

De todas formas, nadie parecía darse cuenta de lo perturbadora que era al mismo tiempo una proeza como la de Autrey. ¿Qué impulsa a un padre, en presencia de sus hijas de sólo cuatro y seis años de edad, a arriesgar su vida por un desconocido?

El héroe de al lado

Por más que millones de telespectadores admirasen a Autrey, su hazaña significó un auténtico desafío para la ciencia, según cuyas explicaciones tradicionales lo ocurrido en la estación del metro de la calle 137 nunca debió haber tenido lugar. En los estudios sobre el comportamiento humano se había impuesto,

durante los últimos decenios, una imagen del hombre que nos presentaba como seres profundamente egoístas. Los biólogos nos veían programados para reproducirnos del mejor modo posible; los psicólogos evolucionistas, para alcanzar un estatus. Los economistas, sin duda los más influyentes de todos los investigadores sociales, comprendían la actividad humana prioritariamente como una aspiración a la comodidad y al bienestar. Todas las disciplinas se basaban de forma unánime en el supuesto de que «primero son mis dientes que mis parientes» y de que el altruismo es una ilusión.

Los investigadores se dieron cuenta perfectamente de las dificultades que podían derivarse de una proeza semejante. Pero el hecho es que no sólo los hombres, sino también los animales trabajan conjuntamente de forma armoniosa. El pez limpiador, por ejemplo, se mete en las fauces de peces depredadores, que podrían engullirlo cerrando bruscamente el morro, y se come los parásitos que éstos tienen allí. El cabracho y la murena dejan que lo haga.

Las hormigas, abejas, avispas y termitas viven, a su vez, en comunidades de millones de individuos y demuestran que la cooperación en grandes grupos puede tener éxitos espectaculares.⁴ Y así como cada uno de estos insectos parece insignificante visto aisladamente, sus comunidades resultan impresionantes. Según algunas estimaciones, la mitad de la biomasa de los trópicos la conforman las termitas. O sea que estos insectos sociales pesan juntos tanto como todos los demás animales que pueblan África, Asia meridional y América Central y del Sur. Ni siquiera la propagación de nuestra propia especie ha alcanzado tales dimensiones. Los siete mil millones de seres humanos que pueblan la Tierra sólo llegan juntos al peso de todos los demás vertebrados. En cambio, el *homo sapiens* domina el planeta y ha creado organizaciones que abarcan el mundo entero. Sin nues-

tra capacidad para trabajar conjuntamente, este avance hubiera sido inimaginable.

Todo esto apenas podría comprenderse si cada cual sólo tuviera en mente sus propios intereses. Y así, los investigadores del comportamiento humano se han pasado decenios estudiando el problema de cómo podrían surgir comunidades si cada acto debiera pagarse con una ventaja personal.

Y ¿cómo pueden explicar con sus tesis el hecho de que siempre haya hombres que prestan su ayuda a otros de forma altruista y hasta arriesgan su vida al hacerlo, como Autrey? Tal vez los héroes sean raros, pero no se los puede considerar simplemente como excepciones.

Al fin y al cabo, en la Segunda Guerra Mundial varios miles de personas arriesgaron sus vidas para salvar judíos de los campos de concentración. Y un elevadísimo número de ciudadanos se muestran dispuestos a soportar dolores por los demás: es así como más de tres millones de alemanes se han inscrito como donantes de médula ósea para ayudar a desconocidos enfermos de leucemia. Y en los Estados Unidos son muy concurridas las páginas web en las que aparecen voluntarios que ofrecen uno de sus riñones para efectuar trasplantes, sin pedir nada a cambio. Esta modalidad de donación de órganos a desconocidos está prohibida en Alemania.

Menos espectaculares, pero tanto más importantes para nuestra vida en comunidad son las innumerables situaciones cotidianas que tampoco se condicen con la imagen del hombre sempiternamente egoísta. ¿Por qué, por ejemplo, damos propinas aunque sepamos que nunca más volveremos al local donde las hemos dado? ¿por qué cuando vemos correr por la calle a un niño desconocido nos precipitamos detrás de él? Tampoco resulta fácil reconocer el egoísmo en personas que durante años cuidan a parientes postrados o donan dinero de forma anónima

para socorrer a los damnificados por terremotos o sacrifican su tiempo libre en un cargo honorífico, como lo hace casi una tercera parte de los alemanes. Y Alemania tendría ahora otro aspecto si hace veinte años cientos de manifestantes primero, y luego decenas de miles no se hubieran enfrentado los días lunes a la Stasi, la policía estatal de la RDA, para ayudar a sus conciudadanos.

Y es que la disponibilidad a ayudar a los demás sigue incluso aumentando. Por ejemplo, hoy se comprometen a aceptar cargos honoríficos casi dos millones más de personas que hace diez años.⁵ Y en Internet prosperan formas totalmente nuevas de cooperación y altruismo en las que expertos del mundo entero ofrecen su fuerza de trabajo. Así surgieron casi de la noche a la mañana los diez millones de artículos de la Wikipedia y los programas gratuitos «open-source» (de código abierto), que le hacen una seria competencia a transnacionales como Microsoft.

Resulta fácil olvidar que los investigadores fracasan al tratar de resolver muchos enigmas científicos. Pero los actos altruistas difíciles de explicar y siempre presentes plantean preguntas relacionadas con nuestra capacidad de comprendernos. ¿Cuán egoístas y altruistas pueden ser los humanos? ¿En qué circunstancias posponen sus propios intereses? ¿Cómo puede fomentarse el compromiso con los demás?

A menudo nos quejamos del egoísmo de nuestros contemporáneos. Pero tal vez con la amabilidad de los hombres ocurra lo mismo que con el aire. Nos movemos todo el tiempo en él, por eso olvidamos fácilmente que existe. Sólo cuando nos falta lo notamos. A quien sale de un restaurante donde lo han atendido bien sin dejar propina, todos lo consideran un caradura.